

PARENTESCO, MEMORIA Y PODER. UNA APROXIMACIÓN A LOS DEBATES RECIENTES SOBRE LA EDAD MEDIA

Ana RODRÍGUEZ LÓPEZ
Instituto de Historia. CCHS-CSIC. Madrid

El medievalismo ha tendido a insertarse, si bien de forma generalmente marginal, en la agitada reflexión historiográfica de las últimas décadas¹. Creando tendencias, como en el caso de la tradición francesa, analizando éstas críticamente a la luz de la dinámica del proceso histórico, como en el caso de la británica, haciendo algunas de las aportaciones más originales, como en la italiana, la realidad es que tal reflexión historiográfica se ha desarrollado de forma muy desigual en cronologías y espacios. Los estudios medievales se han situado, así, en una encrucijada: por una parte, han ido a la rémora de lo que se elaboraba en relación con otras cronologías; por otra, han servido de laboratorio para testar su pertinencia o incluso la validez de sus planteamientos. En el ámbito hispánico, a pesar de que algunos de estos debates han pasado desapercibidos, corresponde a historiadores como Julio Valdeón el mérito de haberse ocupado —y preocupado— por el devenir del medievalismo, sus problemas, sus contradicciones internas y por el papel social del estudio del pasado en un mundo cambiante y con un futuro incierto. En las líneas que siguen se pretende, sin ánimo de exhaustividad y a trazo grueso, describir algunas de las corrientes principales que han condicionado la manera en que los historiadores de la Edad Media llevamos a cabo nuestro trabajo. Por cuestiones de espacio y de complejidad del tema, ha sido una elección consciente el no hacer referencia directa a la historiografía española y su inserción en los debates abiertos².

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación *Construcción y representación del poder regio en Castilla y León (1065-1252). Imágenes y procesos en las fuentes narrativas y artísticas*, Plan Nacional de I+D+I, BHA2003-06118-CO2-02. Investigadora principal: Ana Rodríguez.

² En los últimos años, se han llevado a cabo valiosas revisiones historiográficas de los estudios medievales en España, donde se incluyen puestas al día bibliográficas. Ver, entre otras, «La historia

HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES

La reflexión historiográfica de las últimas décadas, ya es un lugar común, ha estado marcada por una idea general de crisis teórica, metodológica y conceptual; la idea de la crisis de los grandes paradigmas, funcionalismo, estructuralismo y marxismo, que con un ritmo diferente, habrían ido agotándose en lo que tenían de pretensiones de explicación global, de *historia total* tal como había sido enunciada por la historiografía francesa en el período de entreguerras y asumida como bandera de la llamada y bien conocida *Escuela de Annales*. Diversas han sido las lecturas de la crisis de la historia. La amplificación mediática de una idea vaga y poco elaborada del *fin de la historia*, que saltó incluso a los telediarios a mediados de los años 80, ha desviado en cierto modo la atención de los problemas de la historia como disciplina y de sus «regímenes de verdad». Ahora bien, muchas son las voces que en los últimos años se han levantado contra tal formulación de la crisis, argumentando que, cuando se habla de ella, en realidad se está polarizando en torno a la crisis del marxismo y a la devaluación de una historia con pretensión de responsabilidades sociales y políticamente comprometida. Como subrayaba hace unos años Giovanni Levi con la intención de defender la vigencia de la historia a la hora de proponer modos nuevos de conocimiento, la historia está permanentemente en crisis: crisis recurrentes, sí, —pero también una constante renovación— han existido desde siempre en las dos líneas de evolución de la disciplina histórica: la que responde a su propio desarrollo interno y se perfila en la discusión y los debates entre historiadores, y la que se conforma a través de las presiones, las indicaciones, las preguntas que la realidad política y social plantea³.

La crisis, en realidad, se ha abatido sobre una concepción de la historia como una disciplina orgánica capaz de aportar respuestas simples a todo tipo de problemas, sobre la base de unos modelos estructurales seguros, una crisis —por lo tanto— determinada por la evidencia de la complejidad de la propia realidad histórica. Haciendo un paralelismo con las ciencias llamadas duras, Josep Fontana traía a colación en *La historia después del fin de la historia*, publicada en catalán y castellano en 1992, un nuevo paradigma, el de la física de la complejidad, en el que la racionalidad no se identifica ya con la *certeza* ni la probabilidad con la *ignorancia*⁴.

Después de su revisión en 1987 de la historia de *Annales* en *L'histoire en miettes*, traducida al castellano dos años después —obra de referencia obligada en cualquier balance historiográfico— François Dosse publicó en 1995 *L'Empire du sens*, sugestivo título de evocación cinematográfica, que con el subtítulo *La huma-*

medieval en España: un balance historiográfico (1968-1998)», en *Actas de la XXV Semana de Estudios Medievales de Estella, (celebrada en Estella del 14 al 18 de julio de 1998)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999.

³ LEVI, Giovanni, «The Distant Past: On the Political Use of History», en *Mediterranean Historical Review*, 2001, 16, 1, pp. 61-73.

⁴ FONTANA, Josep, *La historia después del fin de la historia: reflexiones acerca de la situación actual de la ciencia histórica*, Barcelona, Crítica, 1992.

nización de las ciencias humanas, llevaba a cabo una encuesta sobre el panorama académico francés⁵. En ella concluía que, después del fin de los grandes paradigmas unificadores, las investigaciones desde los años 80 en diversos campos desembocaban en proposiciones innovadoras, que permitían pensar de otra manera lo social y lo político situando al hombre en el corazón de las reflexiones. Incidía además en el hecho de que, frente a un periodo como el estructuralista —donde incluía buena parte de los *Annales*— en el cual se privilegiaba una matriz teórica fuerte que englobaba los saberes por totalización a partir de figuras académicas muy individualizadas, la situación a mediados de los 90 tenía como rasgo fundamental la hibridación pero también —y esto es interesante desde la perspectiva de la práctica profesional— un método de trabajo más colectivo, lo que Dosse denomina una nueva ética del trabajo intelectual. Este nuevo paradigma, en el caso de que se pudiera calificar de tal, no se apoyaría sobre criterios rígidos destinados a sustituir a lo anterior, sino en lo que Wittgenstein llamaba «parecidos de familia», sinergias teóricas que se encuentran en investigaciones diversas sin que sea necesario por ello postular una raíz epistemológica común. Se trata, para Dosse, del resurgimiento pragmático de la teoría, de la acción, de la «humanización de las ciencias humanas»: no consiste en el retorno puro y simple al sujeto sino en un reequilibrio, un cambio de escala que permite interrogarse, situándose en el nivel del individuo, sobre lo que funda el conjunto del vínculo social. En este contexto, por ejemplo, se explica el redescubrimiento por los historiadores franceses de dos grandes clásicos alemanes: Max Weber y Norbert Elias, este último «pensador de relaciones» en palabras de Roger Chartier, responsable de su edición francesa en los 80⁶.

La desaparición de la idea de progreso, esto es, de la teoría de la *vía única* y la irrupción, frente a una voz singular, de las *voces de la historia* que reivindicaban historiografías postcoloniales como la india, o —como señalara Peter Burke en 1991 al hablar de las nuevas perspectivas en la escritura histórica— de la *heteroglosia*, definida por el teórico de la literatura Mikhail Bakhtin como las voces variadas y opuestas que articulan los discursos, obliga a pensar el pasado en términos de encrucijadas a partir de las cuales son posibles diversas opciones⁷. Los procesos sociales no están determinados por una lógica imperiosa sino que aparecen como discontinuos, caleidoscópicos, indeterminados y multidireccionales. La atención de los historiadores se ha ido desplazando desde formas más rígidas de expresión de las estructuras, las posiciones o las normas colectivas hacia visiones centradas en la comprensión de las representaciones, de las estrategias y de las redes que configuran el tejido social. Nociones en principio extrañas a los historiadores, como la de *habitus* acuñada por Pierre Bourdieu en los años 70, que vincula las condiciones objetivas con los comportamientos individuales y expresa la interiorización de las normas por los sujetos, se han incorpora-

⁵ DOSSE, François, *L'empire du sens: l'humanisation des sciences humaines*, París, La Découverte, 1997.

⁶ ELIAS, Norbert, *La société de cour*, prefacio de Roger Chartier, París, Flammarion, 1985.

⁷ BURKE, Peter (ed.), *New perspectives on historical writing*, Cambridge, Polity Press, 1991.

do al lenguaje de los historiadores como conceptos —a veces sólo como jerga ininteligible— mediante los cuales es posible desvelar cómo las instituciones ejercen presión sobre los individuos⁸.

Todo ello, como no podía ser de otra manera, ha abocado necesariamente a un replanteamiento de los límites disciplinarios de las ciencias sociales y humanas, replanteamiento que venía de lejos y que ya había llevado al antropólogo Clifford Geertz a hablar de «géneros confusos» a fines de la década de 1970 al referirse a la transgresión de las fronteras entre antropología, historia y sociología y al intercambio de conceptos y métodos entre unos y otros⁹. Un intercambio contra el cual advertiría E. P. Thompson en lo que implicaba de canibalismo de categorías y metodologías que permitía apropiarse de técnicas y utillajes extrahistóricos sin que de tal operación se derivara mayor problema¹⁰. No obstante, la permeabilidad de las fronteras ha obligado, por ejemplo, a encarar bajo otros supuestos cuestiones como la historia comparada que, siendo preocupaciones antiguas de los historiadores —no hay más que recordar el alegato de Marc Bloch en el Congreso de Ciencias Históricas de Oslo de 1928—, plantean sin embargo dilemas nuevos, como el de —en palabras del historiador del mundo griego Marcel Detienne— «comparar lo incomparable», es decir, la Europa de los historiadores con las sociedades objeto de estudio de antropólogos y etnólogos¹¹.

Por último, el rechazo frente a lo que se consideraban excesos formales previos se ha sumado a la reflexión general. El retorno a la narración, propugnado por Lawrence Stone en 1979 en *Past and Present*, con el debate que provocó de inmediato —comentarios de Hobsbawm en el número siguiente incluidos— reaccionaba frente al peso del análisis de las estructuras que representaba, por ejemplo, la obra de Braudel, para quien «el polvo de los hechos» no tenía una relación causal con las estructuras, siendo éstas, y nadie más, los grandes personajes de la historia¹².

Las formas de concebir la historia, la proyección del presente en el pasado, el diálogo con otras ciencias sociales, conducen a los historiadores hacia unos temas u otros, llevan a abandonar progresivamente ciertas líneas y a abrir otras nuevas o a romper de manera abrupta con ciertos desarrollos. Algunos de estos debates centran la evolución de la historia ya que son ellos los que van conformando su desarrollo. Pero la

⁸ El concepto de *habitus* ha sido enunciado y desarrollado por Pierre BOURDIEU en numerosos pasajes de sus obras. Ver, en particular, *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.

⁹ GEERTZ, Clifford, «Blurred Genres: The Refiguration of Social Thought», en *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology*, Basic Books, 1983, pp. 19-35. Traducido en GEERTZ, Clifford, *Conocimiento local*, Buenos Aires, Paidós, 1994.

¹⁰ THOMPSON, Edward P., *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981.

¹¹ DETIENNE, Marcel, *Comparar lo incomparable: alegato en favor de una ciencia histórica comparada*, Barcelona, Península, 2001.

¹² STONE, Lawrence, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», en *Past and Present*, 1979, 85, pp. 3-24. La réplica de HOBBSAWM, E., en «The Revival of Narrative: Some Comments», en *Past and Present*, 1980, 86, pp. 3-8.

premisa fundamental, herencia de un largo proceso de construcción de la disciplina, es que los modelos teóricos que deben contar para el historiador son los que le permiten plantear preguntas diferentes, construir nuevos objetos, desvelar la importancia de secuencias de acontecimientos hasta entonces desconocidas o relegadas, elaborando nuevos contextos que permitan abordar los antiguos desde diferente ángulo.

DEBATES EN EL MEDIEVALISMO: NUEVOS TEMAS Y NUEVOS ENFOQUES

En 1989, con ocasión del 60 aniversario de su fundación, la revista *Annales* hacía examen de conciencia¹³. Reconociendo los grandes desafíos a los que debían enfrentarse los historiadores y la crisis de sus modelos, apelaba a un teatral *tournant critique*, invocando la necesidad de adaptarse a las nuevas circunstancias y de encajar las críticas sin dejar por ello de asumir los principios fundadores del «lugar de experimentación» que era *Annales*. Se reafirmaba el rechazo de la historia inmóvil, la vigencia de la concepción de la historia como problema y el papel de la interpretación en el análisis histórico. Pero se subrayaba también la historicidad de los procesos frente a la *long durée*, el peligro de confundir la «historia total» con una simple suma de factores, la necesidad de la variación de las escalas para la observación de los procesos sociales —rompiendo la dicotomía entre macro y micro análisis— y la redefinición de los medios y de los objetivos de la interdisciplinariedad. Se matizaban así los postulados de las grandes apuestas metodológicas de los años 70, recogidas en 1974 en *Faire de l'histoire*, donde Jacques Le Goff y Pierre Nora enfrentaron a los historiadores a «nuevos problemas», «nuevos enfoques» y «nuevos objetos», y en 1978 en *La Nouvelle Histoire*, dirigida por Le Goff, Jacques Revel y Chartier —la «Biblia portátil» de los historiadores franceses en palabras del historiógrafo Juan José Carreras— donde se sistematizaban los retos epistemológicos planteados previamente¹⁴.

El «giro crítico», en realidad, se concebía no sólo como una respuesta a la crisis general de las ciencias sociales sino también a las críticas a los excesos cometidos en nombre de —como se ha señalado en ocasiones— la «sacralización de *Annales*» típica de la academia francesa y reflejada en una visión idílica y sin fisuras de los historiadores galos desde los padres fundadores hasta los albores del siglo XXI. Estas críticas, muchas de ellas de consumo interno, iban además acompañadas por la evidencia de la pérdida de peso de los modelos que se habían puesto en circulación durante décadas frente a la pujanza, ya evidente a fines de los años 80, de historiografías que ha-

¹³ *Annales (Économies, Sociétés, Civilisations)*, nov-dic. 1989, 44, n.º 6, con el título *Histoire et Sciences Sociales: un tournant critique*. El editorial que abría el volumen llevaba a su vez el título de *Tentons l'expérience*.

¹⁴ LE GOFF, Jacques, NORA, Pierre, *Faire de l'histoire*, París, Gallimard, 1974 (traducción española en *Hacer la historia*, Barcelona, Editorial Laia, 1979-1985, 3 vols.); LE GOFF, Jacques, CHARTIER, Roger, REVEL, Jacques (eds.), *La Nouvelle Histoire*, París, Retz/CEL, 1978 (hay traducción española de 1988). CARRERAS, Juan José, *Razón de historia: estudios de historiografía*, selección y nota preliminar de Carlos Forcadell, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2000.

bían seguido la senda abierta por *Annales* pero que consideraban ahora obsoletas buena parte de sus pretensiones. El medievalismo francés también se encontraba aquejado de los males que denunciaban estos críticos. El ensimismamiento que denotaba la práctica de los historiadores de la Edad Media contrastaba con una época dorada en la que renovadores trabajos consiguieron abrir líneas inéditas incluso fuera de las fronteras francesas. No es casual, en este sentido, la cercanía de las fechas de publicación de grandes tesis como *Les structures du Latium médiéval* de Pierre Toubert en 1973, *La Catalogne* de Pierre Bonnassie en 1975 y *Structures sociales «orientales» et «occidentales» dans l'Espagne musulmane* de Pierre Guichard en 1977¹⁵.

Cuando en 1991 Georges Duby prologó el volumen *Bilan et Perspectives de l'Histoire Médiévale en France*, se hizo eco de estas críticas —quizás no de buen grado— al considerar como uno de sus objetivos refutar las acusaciones de «ligereza» y de «impresionismo» que, según él, eran lanzadas a los medievalistas franceses desde más allá del Canal de Mancha, del Rin y del Atlántico¹⁶. El antídoto se encontraba en la conjunción de temas nuevos con preocupaciones tradicionales: entre los nuevos, «las ciencias auxiliares de la historia», como designaba Duby a la sigilografía, la diplomática o la heráldica, el tratamiento de los textos y el interés creciente por la historiografía medieval que ponían de relieve, por ejemplo, los trabajos de Bernard Guenée, la arqueología, aplicada a la interpretación de la vida cotidiana, o la historia política, víctima por antonomasia de la «nueva historia». El tema estrella, no obstante, seguía siendo el clásico de la historiografía de los 70: la antropología histórica, que recogía y reformulaba las preocupaciones de la historia de las mentalidades —término éste que, por cierto, Duby reconocería posteriormente que había desechado en sus trabajos por ambiguo e insatisfactorio—¹⁷ al tiempo que incorporaba otras nuevas.

Una síntesis de todo lo que podía suponer el proceso de transformación de la disciplina en el «laboratorio» de *Annales*, «giro crítico» incluido, puede rastrearse en la estructura del *Dictionnaire raisonné de l'Occident Médiéval*, dirigido por Le Goff y Jean-Claude Schmitt y publicado en 1999¹⁸. Aunque no se trata de una obra de carácter historiográfico, quizás sea ésta, sin embargo, la que representa uno de los últimos eslabones hasta ahora de una cadena que, también de la mano de Le Goff, se inició

¹⁵ TOUBERT, Pierre, *Les structures du Latium médiéval: le Latium meridional et la Sabine du IX^e siècle à la fin du XI^e siècle*, Roma, École Française de Rome, 1973; BONNASSIE, Pierre, *La Catalogne du milieu du X^e à la fin du XI^e siècle: croissance et mutations d'une société*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, 1975 (traducido al catalán en *Catalunya mil anys enrera: creixement econòmic i adveniment del feudalisme a Catalunya, de mitjan segle X al final del segle XI*, Barcelona, Edicions 62, 1979-1981; GUICHARD, Pierre, *Structures sociales «orientales» et «occidentales» dans l'Espagne musulmane*, París, Mouton, 1977.

¹⁶ BALARD, Michel (ed.), *L'histoire médiévale en France: bilan et perspectives*, prefacio de Georges Duby, París, Seuil, 1991.

¹⁷ DUBY, Georges, *L'histoire continue*, París, Odile Jacob, 1991 (traducido en *La historia continúa*, Madrid, Debate, 1993).

¹⁸ LE GOFF, Jacques, SCHMITT, Jean-Claude (dir.), *Dictionnaire raisonné de l'Occident Médiéval*, París, Fayard, 1999 (*Diccionario razonado del occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003).

hace más de 30 años con *Faire de l'histoire*. El hilo conductor es una visión de la historia medieval en una escala que evita tanto los detalles como las grandes concepciones, en la que sólo se conservan algunos nombres propios —Roma o Jerusalén— más como lugares míticos, centros ideales de las representaciones del mundo en la Edad Media, que como realidades territoriales. Aparecen, como si de un catálogo se tratase, todos aquellos temas que se habían enunciado como propios de la antropología histórica, más un número considerable de los que han despuntado en los últimos años. «Memoria», «muerte», «sexualidad», «ritos», conviven, por ejemplo, con fórmulas como «imágenes» en sustitución de arte; la religión desaparece como tal, lo mismo que la política y la economía —asumiendo así las reiteradas críticas de Alain Guerreau al uso por los medievalistas de conceptos propios del mundo moderno— y a través de nociones como «Estado», «corte», «fiscalidad», «justicia y paz» o «Rey», se trata de reflejar la especificidad de lo político en la Edad Media. Las parejas de conceptos sustituyen a veces a las singularidades —«centro/periferia», «masculino/femenino», «escrito/oral»— asumiendo así que las realidades históricas son raramente unívocas, que se deben comprender como el resultado de una tensión entre polos opuestos, ya se trate de la representación del espacio, de la organización social o geográfica, o de la concepción de la persona. Lo imaginario se integra en la historia al asumirse que no sólo existe el registro de los hechos sino también el de las representaciones que las sociedades elaboran de estos hechos. Aparece la noción de «tiempo» como una categoría de la cultura medieval, integrando el modelo del ruso Gurevich, cuya obra, traducida al francés en 1983 y prologada por Duby, tuvo una enorme repercusión¹⁹. La inspiración general de la obra, reconoce Le Goff, es la historia como problema, en diálogo con otras ciencias sociales, firmemente basada en estructuras y relaciones pero sin renunciar por ello al relato o a la biografía —apuntando así a la reflexión de Giovanni Levi sobre los usos de la biografía en el *tournant critique*—, inscrita, por último, en la larga duración pero sin olvidar la necesidad de lo factual a la hora de explicar la complejidad de lo social²⁰.

Los temas enunciados en la revisión historiográfica de 1991 y los conceptos seleccionados para componer las diversas esferas que constituyen la sociedad y la cultura medievales coincidían en buena medida. Algunos de ellos formaban parte de la tradición historiográfica francesa más arraigada, como es el caso del estudio de las estructuras familiares, o se habían convertido en temas centrales de *Annales* a lo largo sobre todo de los años 70 como la gestualidad, los rituales —como los de curación del perro Guinefort y su culto estudiados por Jean-Claude Schmitt²¹—, los sistemas sim-

¹⁹ GUREVICH, Aaron, *Les catégories de la culture médiévale*, París, Gallimard, 1983 (*Las categorías de la cultura medieval*, Madrid, Taurus, 1990).

²⁰ LEVI, Giovanni, «Les usages de la biographie», en *Annales (Économies, Sociétés, Civilisations)*, nov-dic. 1989, 44, n.º 6, pp. 1325-1336. Aparecía este artículo en el volumen ya citado del *tournant critique* de la revista *Annales*.

²¹ SCHMITT, Jean-Claude, *Le saint lévrier. Guinefort, guérisseur d'enfants depuis le XIII^e siècle*, París, Flammarion, 1979 (*La berejía del santo lebré: Guinefort, curandero de niños desde el siglo XIII*, Barcelona, Muchnik, 1984).

bólicos complejos —los estudiados, por ejemplo, por Michel Pastoureau relativos a la heráldica y a los colores—²², o las actitudes ante la vida y la muerte y ante el cuerpo. Otros, como el de la lógica de las prácticas económicas, se serviría de la recuperación de clásicos como el *Ensayo sobre el don* de Marcel Mauss a través de la mirada de Maurice Godelier²³ —y de conceptos propios de la historiografía anglosajona como el de reciprocidad del húngaro Karl Polanyi— para explicar la naturaleza «encastrada» de las relaciones económicas en la sociedad medieval, para describir el conjunto de las relaciones entre los hombres y para representar los vínculos insolubles entre los hombres y Dios: no en vano Tomás de Aquino enunciaba en la *Summa Theologiae* el principio de reciprocidad desigual al que luego dedicarían tantas páginas los antropólogos desde Mauss a Marshall Shalins: «El hombre no puede devolver a Dios nada que no le deba ya. Pero jamás saldrá su deuda».

De todos los temas enumerados, no obstante, es el parentesco, entendido como un conjunto de fenómenos de naturaleza social, el que más claramente entronca en la historiografía francesa por la vía de la herencia del estructuralismo de Levi Strauss. Obras de conjunto de gran envergadura, muchas de ellas inspiradas por Georges Duby y la mayoría traducidas muy pronto al castellano, se relacionan de una forma u otra con las estructuras familiares: la *Historia de la vida privada* de Duby y Philippe Aries de 1985, la *Histoire de la Famille*, dirigida por André Burguiere en 1986 o la *Historia de los Jóvenes*, dirigida por Giovanni Levi y Jean-Claude Schmitt, traducida en 1996²⁴. Desde los pioneros estudios de Duby, quien además auspició y prologó en 1985 la traducción al francés de una obra de influencia reconocida, *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa* del antropólogo inglés Jack Goody (traducción castellana de 1986)²⁵ —quien, por cierto, abría su obra debatiendo con el modelo «oriental» de Guichard—, se han multiplicado los trabajos en esa dirección: los de Anita Guerreau-Jalabert centrados en el parentesco artificial o los de Regine Le Jan sobre estructuras familiares en el mundo carolingio, entre otros muchos²⁶. La deuda con los planteamientos de la historiografía francesa y en particular con la obra de Duby se reconoce explícitamente en estudios procedentes de la historiografía norteamericana,

²² PASTOUREAU, Michel, *Traité d'héraldique*, París, Picard, 1979; ídem, *Les sceaux*, Turnhour, Brepols, 1981; más recientemente, ídem, *Une histoire symbolique du Moyen Âge occidental*, París, Seuil, 2004 (*Una historia simbólica de la Edad Media occidental*, Barcelona, Katz, 2006).

²³ GODELIER, Maurice, *L'enigme du don*, París, Fayard, 1996, traducido al español en Barcelona, Paidós, 1998.

²⁴ BURGUIERE, Andre (dir.), *Histoire de la famille*, París, Armand Colin, 1986, 2 vols. (traducido en *Historia de la familia*, Madrid, Alianza, 1988, 2 vols.); LEVI, Giovanni, y SCHMITT, Jean-Claude (dir.), *Storia dei Giovanni*, Bari, Laterza, 1994; con traducción al castellano: *Historia de los jóvenes*, Madrid, Taurus, 1996, 2 vols.

²⁵ GODOY, Jack, *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Barcelona, Herder, 1986.

²⁶ Una reflexión general en GUERREAU-JALABERT, Anita, LE JAN, Regine, MORSEL, Joseph, «De l'histoire de la famille à l'anthropologie de la parenté», en SCHMITT, Jean-Claude, y OEXLE, Otto Gerhard (dir.) *Les tendances actuelles de l'histoire du Moyen Âge en France et en Allemagne*, París, Publications de la Sorbonne, 2003; LE JAN, Regine, *Famille et pouvoir dans le monde Franc: VII^e-X^e siècle: essai d'anthropologie sociale*, París, Publications de la Sorbonne, 2003.

como los de Barbara Rosenwein sobre el entorno de Cluny o el conocido libro de Stephen White sobre la fórmula de la *laudatio parentum* en la documentación monástica francesa, donde el tamaño variable de los grupos de parientes dependiendo de las circunstancias evocaba la máxima citada por Bourdieu en los *Annales* de 1972: «los parientes ricos son los más ricos en parientes y los parientes pobres son los más pobres en parientes»²⁷. La explotación de fuentes de naturaleza diversa, desde los polípticos carolingios a los textos de la práctica, narrativos o iconográficos, y la necesidad de reflexionar sobre la terminología utilizada ante el peligro de apropiación de conceptos de forma indiscriminada, han sido algunas de las características comunes de la mayor parte de estos trabajos.

Otros temas, sin embargo, se habían ido imponiendo con fuerza en el curso de debates metodológicos ajenos a la tradición de *Annales*. La memoria como objeto de investigación se inscribía en una larga trayectoria de la historiografía alemana inaugurada por Gerd Tellenbach en la década de 1950, y continuada por Karl Schmid de trabajos sobre la conciencia aristocrática y la memoria litúrgica a través del estudio de fuentes litúrgicas y necrológicas, los *liber memorialis* procedentes de medios monásticos²⁸. Las investigaciones de Otto Gerhard Oexle en los años 70 y el proceso de rememoración histórica que se desencadenó en Alemania en la década de los 80 convirtieron la memoria en un fenómeno crucial para la historia alemana —fenómeno igualmente crucial para la historiografía judía, como se refleja en las páginas de la revista *History and Memory*, dirigida por el medievalista Gadi Algazi y editada en Tel Aviv— y la llenaron de contenido social bajo el influjo de Maurice Halbwachs, el sociólogo francés muerto en Buchenwald en 1945, y de su obra de 1925 *Les cadres sociaux de la mémoire*²⁹.

La memoria —con su contrapartida, el olvido— emerge, así, como el proceso que permite a la sociedad renovar y reformar su comprensión del pasado para integrarlo en su identidad presente. Como señalara Oexle, sin memoria no hay nobleza ni legitimación de la dominación social. Pero, además, y aquí se enlaza con la línea de los memorialistas alemanes de los años 50, en el mundo medieval la identidad social de los vivos está necesariamente conformada por la presencia de los muertos. Muertos —algunos, los santos, «muy especiales», a decir de Dominique Iogna-Prat, que producen objetos también muy especiales, las reliquias, pertenecientes, como

²⁷ ROSENWEIN, Barbara, *To be neighbor of Saint Peter*, Ithaca-Londres, Cornell University, 1989; WHITE, Stephen, *Custom, kinship and gifts to Saints: the «Laudatio Parentum» in Western France, 1050-1150*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1988, y una reciente recopilación de trabajos en *Re-thinking kinship and Feudalism in early medieval Europe*, Aldershot, Ashgate Variorum, 2005; BOURDIEU, Pierre, «Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction», en *Annales (ESC)*, 27 (1972), pp. 1.105-1.127.

²⁸ Ver el apartado dedicado a la memoria y al distinto tratamiento dado por las historiografías francesa y alemana en SCHMITT, Jean-Claude, y OEXLE, Otto Gerhard (dir.), *Les tendances actuelles de l'histoire du Moyen Âge en France et en Allemagne*, París, Publications de la Sorbonne, 2003.

²⁹ HALBWACHS, Maurice, *Les cadres sociaux de la mémoire*, París, Presses Universitaires de France, 1952, originalmente publicado en *Les Travaux de L'Année Sociologique*, París, F. Alcan, 1925.

ya señaló Patrick Geary a la categoría inusual de objetos que son a la vez personas y cosas— que legitiman un pasado y que permiten la manipulación del presente, que conforman, en fin, identidades sociales en comunión con los vivos³⁰. La publicación en 2002 de un volumen donde se contrastaban los intereses de algunos de los más destacados medievalistas alemanes y norteamericanos, editado por Gerd Althoff, Johannes Fried y Patrick Geary llevaba el título revelador de *Medieval Concepts of the Past. Ritual, Memory, Historiography*³¹. La construcción de las identidades sociales y culturales tenía sólidos fundamentos en la construcción de la memoria colectiva que representaban estos tres pilares; también la construcción de la etnicidad, que, no por casualidad, constituye un tema estrella en el debate historiográfico en lengua alemana, con Walter Pohl a la cabeza, referido en particular al proceso de transformación del mundo romano. Las cuestiones centradas en la construcción de las comunidades, la identidad y las estrategias de distinción y de integración en la Alta Edad Media encontraron, entre los años 1993 y 1997, su marco de discusión en un gran proyecto financiado por la *European Science Foundation* titulado *The Transformation of the Roman World* y del que están publicados diez volúmenes³². La «nueva ética del trabajo intelectual» de la que hablara François Dosse, que se apoyaba en un método de trabajo más colectivo, tiene en este proyecto una buena ilustración.

La gran encrucijada en los años 90 se planteó, sin embargo, en una cuestión central para el medievalismo: la de juzgar el valor histórico de los textos. Las nociones positivistas de referencialidad y de verdad empírica que habían constituido el paradigma dominante desde el siglo XIX entraron en crisis ante la ruptura provocada por lo que se ha venido a denominar el «giro lingüístico» que, desde la lingüística posestructuralista, asumía que el objetivismo era una ilusión y negaba la capacidad del lenguaje para relatar cualquier realidad fuera de sí mismo. Este intenso debate que se produjo, entre agrias polémicas, en las ciencias sociales afectaba directamente a la posibilidad del conocimiento histórico. Si al texto literario se le negaba la capacidad de representar la realidad, lo mismo ocurría necesariamente con todos los textos, perdiendo así todo significado la distinción tradicional entre literatura y documento desde el momento en que ambos participaban igualmente de la intertextualidad del

³⁰ IOGNA-PRAT, Dominique, «Des morts très spéciaux aux morts ordinaires: la pastorale funéraire clunisienne (XI^e-XII^e s.)», en *Médiévales*, 1996, 31, pp. 79-91; GEARY, Patrick J., *Furta sacra: Thefts of Relics in the Central Middle Ages*, Princeton, Princeton University Press, 1987; también su artículo sobre reliquias en APPADURAI, Arjun (ed.), *The social life of things: commodities in cultural perspective*, Cambridge University Press, 1992.

³¹ ALTHOFF, Gerd, FRIED, Johannes, y GEARY, Patrick (eds.), *Medieval Concepts of the Past. Ritual, Memory, Historiography*, Washington-Cambridge, German Historical Institute/Cambridge University Press, 2002.

³² *The Transformation of the Roman World*, proyecto del que ya están publicados 10 volúmenes; algunos de ellos: POHL, Walter, REIMITZ, Helmut (eds.), *Strategies of distinction: the construction of ethnic communities, 300-800*, Leiden, Brill, 1998; GOETZ, Hans-Werner, JARNUT, Jörg, y POHL, Walter, *Regna and gentes: the relationship between Late Antique and early medieval peoples and kingdom in transformation of the Roman world*, Leiden, Brill, 2003.

lenguaje. Las consecuencias eran demoledoras: si no se puede llegar a la vida a través de la literatura, tampoco se puede llegar al pasado a través de los documentos.

El desafío semiótico alcanzaba, además, de lleno a la interpretación del mundo medieval al poner en duda la pertinencia de sus fuentes, razón que explica el inusual interés de los medievalistas por entrar en un debate metodológico adscrito a otra disciplina. Dos son los factores propios de las fuentes y la escritura histórica medieval que han añadido, además, rasgos específicos al debate. Por una parte, la escritura histórica medieval es particularmente compleja debido a que tiende a incorporar a su contenido un material sistemáticamente excluido de los preceptos del realismo histórico moderno como, por ejemplo, milagros, mitos o visiones. Muchos de estos aspectos han sido profusamente estudiados en el marco de las diversas tradiciones nacionales. Al mismo tiempo, pocas sociedades complejas han regulado su vida de acuerdo con su visión de la historia tan claramente como la medieval. Lo que Weber denominó «la autoridad del ayer eterno», el pasado como legitimación, es un campo de trabajo absolutamente actual. Dan cuenta de ello numerosas obras que revisan la producción de la crónica medieval y sus autores, pero también la recepción de estas obras y su audiencia, los cartularios como instrumentos de legitimación de las instituciones que los compilan o la multiplicación de los géneros historiográficos³³.

La noción radical de la textualidad que asaltó la historiografía a fines de los años 70 encontró en la historiografía norteamericana en general, y en sus estudios medievales en particular, un caldo de cultivo ideal. Gabrielle Spiegel, al poner en evidencia las paradojas que marcaron el nacimiento del medievalismo en los Estados Unidos, subrayaba su profunda «alteridad» y su falta de conexión con cualquier pasado «americano» nacional o cultural visible y compartido³⁴. En las épocas de Charles Homer Haskins, de Joseph Strayer y de la fundación en 1925 de la revista *Speculum* se intentó superar la paradoja afirmando, como escribió Haskins, que «la historia de Inglaterra es en cierto modo la temprana historia de América» —«el ídolo de los orígenes», que diría Bloch—, centrando la investigación en las ins-

³³ SPIEGEL, Gabrielle M. (ed.), *Practicing history: new directions in historical writing after the linguistic turn*, Nueva York-Londres, Routledge, 2005; SPIEGEL, Gabrielle M., *The past as text: the theory and practice of medieval historiography*, Baltimore-Londres, The John Hopkins University Press, 1997; GUYOTJEANNIN, Olivier, MORELLE, Laurent, y PARISSE, Michel (ed.), *Les cartulaires. Actes de la table ronde organisée par l'École nationale des chartes et le G.D.R. 121 du CNRS (Paris, 5-7 décembre 1991)*, París, École des Chartes, 1993; WHITE, Hayden, *The content of the form: narrative discourse and historical representation*, Baltimore-Londres, Johns Hopkins University, 1989 (traducido en Barcelona, Paidós, 1992). Es significativo que en uno de los artículos de Hayden WHITE reunidos en esta obra, «The Value of Narrativity in the Representation of Reality», 1980, los textos de base sean anales altomedievales, la crónica de Richerus de Reims, del siglo XI y, por último, la crónica de Dino Compagni del XIV. Y es aún más significativo si se tiene en cuenta que este influyente libro se inicia con una cita de Roland Barthes: «Le fait n'a jamais qu'une existence linguistique».

³⁴ SPIEGEL, Gabrielle M., «In the Mirror's Eye: The Writing of Medieval History in North America», en *The past as text: the theory and practice of medieval historiography*, Baltimore-Londres, The John Hopkins University Press, 1997, pp. 57-81.

tituciones medievales de Normandía, Inglaterra y más tarde Francia y en los orígenes medievales del estado moderno, título de la obra de Strayer publicada en 1970³⁵.

Pero el «giro lingüístico» que tuvo su profeta en Derrida, más en Estados Unidos que en Francia, permitió explotar —aprovechando una circunstancia fundamental, la de la naturaleza «opaca» de las fuentes medievales— aquella parte de «alteridad», de diferencia que había quedado latente ante la corriente dominante que vinculaba el presente americano con el pasado europeo a través de las instituciones medievales. El «Nuevo Medievalismo» sería, así, «una ciencia no de las cosas y de los acontecimientos, sino de los discursos; un arte no de los hechos sino de la codificación de los hechos», en el marco de los académicamente poderosos *Cultural Studies* que, en uno de los juegos de palabras a los que son tan aficionados los practicantes de esta corriente, propugnaban la historicidad de los textos y la textualidad de la historia. La deuda con Foucault va más allá del conocido préstamo de su noción de discurso. Por una parte, ha tenido una importante aceptación su metáfora arqueológica, según la cual habría que abordar el estudio de los documentos como si se tratara de «monumentos», como artefactos mudos que ya no nos hablan clara y directamente desde el pasado sino que deben ser sometidos a un análisis interno —como el de las piedras en un yacimiento arqueológico— para que nos puedan transmitir sus secretos³⁶. Por otra, las temáticas elegidas por el medievalismo anglosajón de los años 80 se relacionan en buena medida con cuestiones de disidencia, marginalidad y construcción de sociedades represoras tan presentes en la obra del filósofo-historiador francés: libros como el de Robert Moore *La formación de una sociedad represora. Poder y disidencia en la Europa occidental, 950-1250*, publicado en 1981 (y traducido en 1989), o los de John Boswell, entre ellos *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad* entre los siglos IV y XIV, de 1980 (traducido en 1992), dan buena cuenta de ello³⁷. También en esta línea hay que señalar el acento sobre la construcción social del género que define la historiografía feminista norteamericana y que ha marcado una dirección en la historia de las mujeres alejada de la que representó no sólo la obra dirigida por Duby y Michelle Perrot sino también trabajos más recientes, como los de Janet Nelson

³⁵ STRAYER, Joseph R., *On the medieval origins of the Modern State*, Princeton University Press, 1970 (*Sobre los orígenes medievales del estado moderno*, Barcelona, Editorial Ariel, 1981).

³⁶ SPIEGEL, Gabrielle M., «History, Historicism and the Social Logic of the Text», en *The past as text: the theory and practice of medieval historiography*, Baltimore-Londres, The John Hopkins University Press, 1997, pp. 3-38; NICHOLS, Stephen G., «The New Medievalism: Tradition and Discontinuity in Medieval Culture», en BROWNLEE, Marina S., BROWNLEE, Kevin y NICHOLS, Stephen G. (eds.), *The New Medievalism (Parallax: Re-visions of Culture and Society)*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1991, pp. 1-28.

³⁷ MOORE, Robert, *The Formation of a Persecuting Society. Power and Deviance in Western Europe, 950-1250*, Oxford-Nueva York, Blackwell, 1987, traducido en Barcelona, Crítica; BOSWELL, John, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*, Chicago, University of Chicago Press, 1980, traducido al español en Barcelona por Muchnik Editores, y del mismo autor, *Same-Sex Unions in Pre-Modern Europe*, Nueva York, Villard, 1994, traducido al español en la misma editorial en 1996.

o Pauline Stafford sobre las reinas altomedievales, más vinculados a la historia social inglesa que al feminismo anglosajón³⁸.

La polémica generada por el «giro lingüístico» ha gozado de una enorme repercusión en las ciencias sociales y, a diferencia de otros debates, ha contado con la intervención fundamental de los historiadores, desde el reproche de Arnaldo Momigliano a Hayden White —quien se servía precisamente en su artículo de 1980, «El valor de la narrativa en la representación de la realidad» de anales altomedievales como los de Saint Gall y de crónicas bajomedievales como la de Dino Compagni para defender sus argumentos— de reducir la historia a retórica, o de reducir la experiencia al discurso en palabras de Roger Chartier, hasta la crítica de Carlo Ginzburg, quien rechazaba además las consecuencias del escepticismo epistemológico y del relativismo moral que encontraba en la perspectiva del mismo White. Con todo, el principal efecto del «giro lingüístico» para los historiadores en general —y los medievalistas en particular—, más interesados en la función ideológica de los textos, en la forma en que representan un amplio complejo de relaciones sociales —al margen de corrientes como el Nuevo Medievalismo anglosajón o de obras que, parafraseando a Giovanni Levi, se escriben al modo meteorológico, es decir, atentas al clima cultural del momento— ha sido el de alertar sobre la fuerza mediadora del lenguaje en la representación del pasado y el de asumir que la narrativa no es inocente y que no hay un acceso directo a los hechos históricos. Conceptos como el de la «lógica social del texto», acuñado por Gabrielle Spiegel, que intentan combinar el lugar social del texto —su situación en un contexto del cual es producto y en el que actúa como agente— con su propio carácter discursivo, aplicado por ejemplo al análisis de las crónicas de Saint Denis y la formación de la historiografía regia en la Francia del siglo XIII, caminan en esa dirección.

Las reflexiones sobre los modos del conocimiento histórico han llevado a abordar en las últimas décadas el problema de las escalas de observación de los procesos sociales. La necesidad de romper la dicotomía entre macro y microanálisis, formulada por el *tournant critique* de *Annales* en 1989, situó entonces en primera línea una aproximación metodológica que en los años previos ya había cambiado el panorama de la historiografía modernista italiana. La microhistoria, una corriente poco homogénea pero que encontraría sus señas de identidad en obras como *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg (1976) o *La herencia inmaterial* de Giovanni Levi, escrita una década más tarde, ponía el énfasis —en el marco de la idea de crisis que se había apropiado de la reflexión historiográfica en los años 80— en la complejidad y la pluralidad de los enfoques y de las interpretaciones en la investigación histórica³⁹.

³⁸ DUBY, Georges, PERROT, Michel, *Histoire des Femmes en Occident*, Tomo 2, *Le Moyen Âge*, París, Plon, 1991, traducido en Taurus el mismo año; STAFFORD, Pauline, *Queen Emma and Queen Edith: queenship and women's power in eleventh-century England*, Oxford, Blackwell Publishers, 1997 y de la misma autora, *Gender, family and the legitimation of power: England from the ninth to early twelfth century*, Aldershot, Ashgate Variorum, 2006.

³⁹ LEVI, Giovanni, *L'eredità Immateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento*, Turín, Einaudi, 1985, traducido al español en Madrid, Nerea, 1990.

Sin embargo, y a pesar de su nombre, no se trataba tan sólo de una cuestión de dimensiones del objeto de estudio. La microhistoria –pese a que, en fina ironía de alguno de sus críticos no es más que «poner un micrófono a las hormigas»– se concebía como una aproximación fundamentalmente metodológica, que planteaba que la elección de una escala particular de observación produce efectos sobre el conocimiento y las estrategias aplicadas a él⁴⁰. En un símil geográfico, jugar con las escalas de representación en cartografía no supone representar una realidad constante más grande o más pequeña –hasta llegar a «hacer un mapa del Imperio con el tamaño del Imperio» como los cartógrafos de Borges en su cuento «Del rigor en la ciencia»–, sino a transformar el contenido de la representación. Al distanciarse de un modelo comúnmente aceptado de historia social, se ha convertido en un revulsivo de las interpretaciones a gran escala, proporcionando una conciencia aguda del «tiempo corto» en el que opera la vida de los hombres, redefiniendo las nociones de estrategia social y de contexto y defendiendo la irreductibilidad del comportamiento individual a las reglas de los sistemas a gran escala. Una historia *a ras de suelo*, en palabras de Jacques Revel, destinada a restituir las estrategias individuales, familiares, de linaje, en el interior de sistemas normativos que no están lo suficientemente estructurados como para eliminar toda posibilidad de elección, de manipulación, de interpretación de las reglas o de negociación. Las críticas, sin embargo, no se han hecho esperar, ya que un enfoque de estas características plantea problemas de envergadura, centrados en la representatividad que se puede atribuir a muestras tan circunscritas, en la posibilidad de generalización de sus conclusiones o en la ejemplaridad de los hechos sociales más allá de su volumen de incidencias. La microhistoria se adapta particularmente bien al contexto y a las circunstancias de los problemas que plantea el estudio de la sociedad medieval, si asumimos, como proclama la historia social inglesa, que la historia medieval es, ante todo, el estudio y la comprensión de las condiciones locales. Su influencia, sin embargo, ha sido muy desigual, y su presencia no está tanto en los temas elegidos –como por ejemplo sí sería el caso, como hemos visto, de la antropología histórica o de la crítica textual– sino en una forma de percepción de las situaciones vividas por los actores, sus redes sociales o las condiciones históricas de su existencia en la época en que sus palabras y actos quedaron registrados.

EL PODER Y LO POLÍTICO EN EL MUNDO MEDIEVAL

Las estructuras familiares, los mecanismos de construcción de identidades a través de la memoria, los rituales y las formas de legitimación del pasado, el valor histórico de los textos y la variación de las escalas en la observación de los procesos sociales, se han fundido en las últimas décadas en lo que Jacques Le Goff ha llegado a denominar «la resurrección de la historia política». Una historia política, relegada no

⁴⁰ Ver REVEL, Jacques (ed.), *Jeux d'échelles: la micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard Le Seuil, 1996, con artículos, entre otros, del mismo Giovanni LEVI y de Edoardo GRENDI.

sólo por los *Annales* sino también por la historia social de tradición anglosajona y de cuya maldición no se había librado ni siquiera *Los Reyes Taumaturgos* de Marc Bloch (1924), escasamente apreciada hasta su reedición en los años 80 de la mano, precisamente, de Le Goff y a la que, en su edición italiana, prologaba el mismísimo Carlo Ginzburg.

Este impulso dado a la historia política, claramente reflejado en la abundante y variada producción historiográfica de las últimas décadas, ha abierto nuevas brechas que han revelado, a su vez, la necesidad de reintegrar *lo político* en la explicación del funcionamiento del conjunto social. Las dificultades que ello implica están en la base de una serie de debates historiográficos que, pese a su diverso contenido, tienen en común el hecho de poner en evidencia la compleja interacción entre dos esferas, la social y la política, tradicionalmente relacionadas de manera mecánica cuando no vistas como mundos aparte.

Las aportaciones de la antropología han sido fundamentales a la hora de plantear nuevos enfoques y preguntas. Cuestiones como la necesidad de disociar la teoría política de la teoría del estado, al considerarse al Estado como una institución global de las relaciones sociales que sólo puede ser identificada con la aparición de una esfera plenamente pública, han abierto un nuevo debate en el medievalismo —también, por razones obvias, en la historia moderna de la mano, en este caso, del portugués Antonio Hespanha⁴¹— que lleva, en última instancia, a romper con una visión teleológica propia del mundo occidental según la cual se habría desarrollado a lo largo de los siglos un proceso ineluctable de construcción del estado-nación. La necesidad de percibir la lógica interna de los sistemas políticos, de alejarlos del mundo moderno y de sus categorías analíticas, caballo de batalla desde hace muchos años de Alain Guerreau, forma parte ya del bagaje metodológico de gran número de medievalistas⁴².

De forma similar, asumiendo que la fragmentación del poder es un rasgo constitutivo del mundo feudal, entran en juego factores nuevos en los estudios sobre las relaciones de poder en la Edad Media. Uno de ellos es el peso social de fenómenos ignorados por la historia institucional, como por ejemplo la *amicitia* estudiada por Gerd Althoff, en su dimensión de amistad ritual que establecía formalmente en la Alta Edad Media vínculos grupales entre nobles o entre nobles y reyes⁴³. Otro de ellos es la negociación como mecanismo de acrecentamiento del poder o el conflicto concebido como un proceso social y no como simple violencia irracional, como integrante incluso del juego de resolución de disputas que ha sido objeto de estudio de la historiografía anglosajona en su más pura tradición de historia social —con obras ya

⁴¹ Desarrollado en HESPANHA, Antonio M., *As vésperas do Leviathan: Instituições e poder político, Portugal século XVII*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, 1986, 2 vols. (traducido en Madrid, Taurus, 1989).

⁴² Idea repetida por el autor en numerosos trabajos a partir de GUERREAU, Alain, *Le féodalisme: un horizon théorique*, París, Le Sycomore, 1980 (traducido en Barcelona, Crítica, 1984).

⁴³ ALTHOFF, Gerd, *Family, friends and followers: political and social bonds in medieval Europe*, Cambridge University Press, 2004 (traducido del alemán).

clásicas como la colectiva *The settlement of disputes in early medieval Europe*, editada por Wendy Davies y Paul Fouracre en 1986— o vinculada a la antropología legal, como atestiguan los trabajos sobre Francia de Stephen White o la visión de William Ian Miller, publicada en 1990, sobre la resolución de conflictos en la sociedad islandesa a través de fuentes como las sagas⁴⁴. El modelo de una racionalidad del derecho propia del Estado enfrentada a la irracionalidad de la violencia y de las prácticas de la justicia —como es el caso de las ordalías estudiadas hace unos años por Robert Bartlett— no se corresponde ya con la evolución del estudio de la sociedad de la Alta Edad Media⁴⁵.

La forma en la que se planteó a partir de los años 80 el llamado debate del Año Mil, el de la mutación o la revolución feudal, que ha hecho correr ríos de tinta y envuelto en agrias polémicas a algunos de los más destacados medievalistas del panorama internacional, sólo se comprende, en este sentido, como producto de un ambiente historiográfico que había abierto perspectivas de una gran novedad a la hora de enfrentarse a uno de los temas clásicos por excelencia de la historiografía francesa: se trataba de la crisis del mundo carolingio y la quiebra de sus instituciones, enfrentando dos visiones, la de un desarrollo gradual y sucesivos ajustes a lo largo del tiempo y la de una rápida y radical transformación en torno al año Mil, poniendo de relieve la cuestión de cómo conciliar la lentitud estructural de los cambios económicos con la rápida evolución en el reparto del poder local⁴⁶.

En los años siguientes, sin embargo, el debate entró en otros cauces diferentes, con una vuelta a la consideración de los factores políticos a la hora de explicar la dialéctica social. Aportaciones como la de Thomas Bisson, con su idea de que a partir del siglo XI la violencia propició la construcción de un nuevo orden de poder en el que se contraponían lo político y lo *inpolítico*, el gobierno legal y el señorío arbitrario, han abierto vías nuevas interesadas en desentrañar el complejo mundo de relaciones que subyacía a una aparente anarquía feudal. La importancia otorgada a las fuentes narrativas y documentales añade una nueva línea a la discusión, relativa a si las mayores noticias sobre violencia o justicia privada tienen que ver con la realidad o con nuevas prácticas documentales, postura ésta —la de una *revelación feudal* más que a una *revolución feudal*— defendida por Dominique

⁴⁴ DAVIES, Wendy y FOURACRE, Paul, *The settlement of disputes in early medieval Europe*, Cambridge University Press, 1986; WHITE, Stephen, *Fending and peace-making in eleventh-century France*, Aldershot, Ashgate Variorum, 2005; MILLER, William Ian, *Bloodtaking and peacemaking: feud, law and society in Saga Iceland*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press, 1990.

⁴⁵ BARTLETT, Robert, *Trial by fire and water: the medieval judicial ordeal*, Oxford, Clarendon Press, 1986.

⁴⁶ La bibliografía sobre el tema es muy abundante, partiendo de la obra clásica de DUBY, Georges, *La société aux XI^e et XII^e siècles dans la région mâconnaise*, París, Éditions de l'ÉHESS, 1953. Valgan como representación de posturas opuestas, POLY, Jean-Pierre y BOURNAZEL, Éric, *La mutation féodale: X^e-XII^e siècles*, París, PUF, 1980 (*El cambio feudal: siglos X-XII*, Barcelona, Labor, 1983), y BARTHÉLEMY, Dominique, *La mutation de l'an mil a-t-elle eu lieu?: servage et chevalerie dans la France des X^e et XI^e siècles*, París, Fayard, 1997; un balance y reflexiones al respecto en CAROCCI, Sandro, «Signoria rurale e mutazione feudale. Una discussione», en *Storica*, 1997, 8, pp. 49-91.

Barthélemy⁴⁷. Las matizaciones al debate desde una postura que niega al siglo XI una novedad radical y la discusión de categorías analíticas como, por ejemplo, la contraposición entre lo público y lo privado en la Alta Edad Media se han hecho desde las páginas de *Past and Present* por historiadores anglosajones como Stephen White, Chris Wickham o Timothy Reuter⁴⁸. Se han buscado, así, explicaciones multicausales a un proceso de gran complejidad e incorporar análisis a menor escala, tanto desde el punto de vista geográfico como cronológico.

El orden instaurado en torno al año Mil, ya sea a un ritmo más rápido o más lento, se mantendría hasta la inauguración de una nueva dinámica en el siglo XII, la del poder regio y la monarquía feudal. Constituiría esta centuria –para los partidarios de una transición lenta– la verdadera cesura en la sociedad medieval, caracterizada por la recuperación de los poderes regios y principescos y por el surgimiento de un señorío local. La consolidación, a partir del siglo XIII, de nuevas instituciones de gobierno y la configuración «estatal» que surge a partir de entonces han centrado uno de los grandes debates políticos de los últimos veinte años: el de la Génesis Medieval del Estado Moderno, articulado en torno a un programa movilizador a escala europea dirigido por Jean-Philippe Genet, que ha generado una enorme literatura y que ha propiciado la celebración de numerosos coloquios⁴⁹. Este proyecto se definía como un intento de renovación del estudio de lo político, asumiendo una amplia cronología –del siglo XIII al XVII–, una óptica internacional y comparativa y una explícita interdisciplinaridad. La hipótesis de partida era que los rasgos de lo que luego sería el sistema político imperante en los reinos europeos de la Edad Moderna se definieron entre 1280 y 1360, en un largo proceso que había supuesto, de entrada, una mutación de las estructuras sociales y de las estructuras de producción al comienzo de la Baja Edad Media.

Muchas son las vías abiertas en la actualidad. Desde las formas de acceso de los poderes locales a la autoridad hasta la construcción por la literatura, los relatos de las crónicas o los rituales de modelos legitimadores de las relaciones de poder en el mundo medieval, el análisis del poder regio «como un principio y una fuerza de estructuración, no sólo como un instrumento de dominación», en pala-

⁴⁷ BISSON, Thomas, «The 'Feudal Revolution'», en *Past & Present*, 1994, 142, pp. 6-42; BARTHELÈMY, Dominique, «La mutation féodale a-t-elle eu lieu? Note critique», en *Annales (ESC)*, 1992, 47, pp. 767-775.

⁴⁸ El debate iniciado en *Past & Present* por Bisson se continúa en la misma revista en los años siguientes: artículos de WHITE, Stephen D. y BARTHELÈMY, Dominique, Debate «The Feudal Revolution», en *Past & Present*, 1996, 152, pp. 196-223; artículos de REUTER, Timothy y WICKHAM, Chris, Debate «The Feudal Revolution», en *Past & Present*, 1997, 155, pp. 177-208, y contestación de BISSON, Thomas, «The feudal Revolution. Reply», en *Past & Present*, 1997, 155, pp. 208-225.

⁴⁹ Financiado primero por el CNRS francés y convertido luego, entre 1997 y 2001 en el programa *Origins of the Modern State* de la European Science Foundation. Entre sus numerosas publicaciones, PIETRI, Charles y MAIRE VIGUEUR, Jean-Claude (eds.), *Culture et idéologie dans la genèse de l'État moderne*, Roma, École Française de Rome, 1985; GENET, Jean-Philippe y VINCENT, Bernard (eds.), *État et Église dans la genèse de l'État moderne*, Madrid, Casa de Velázquez, 1986; GENET, Jean Philippe y LE MENÉ, Michel (eds.), *Genèse de l'État moderne. Prélèvement et redistribution*, París, CNRS, 1987.

bras de Jacques Krynen, se ha constituido como un tema primordial en el medievalismo⁵⁰.

En este parcial recorrido por las tendencias del medievalismo actual fuera de las fronteras españolas no se ha intentado dar una visión lineal ni monolítica. Se ha perseguido, más bien, reflejar la diversidad de intereses y de enfoques, las variadas y a veces contradictorias influencias que han ido permeando los estudios sobre la Edad Media desde otras disciplinas y algunas de las temáticas que, como resultado de este proceso, han sido más fructíferas en el trabajo cotidiano de los medievalistas. Todo ello, como es lógico, precisaría una réplica desde el panorama hispano, en la cual aparecieran en primer plano los caminos que historiadores como Julio Valdeón han ido desbrozando durante décadas y por los que las generaciones posteriores vamos, mal que bien, transitando.

⁵⁰ KRYNEN, Jacques, *L'empire du roi: idées et croyances politiques en France. XIII^e-XV^e siècles*, París, Gallimard, 1993.